

## LA FAMILIA, TODAVÍA

JAVIER MARTÍNEZ CORTÉS  
Instituto Fe y Secularidad  
Madrid

### I. ¿LA FAMILIA EN CRISIS?

Circula en determinados ambientes un tipo de reflexión a propósito de la institución familiar que tiende a pronunciarse (con una mezcla de pesimismo y desaliento) sobre la hondura de la crisis que afecta hoy a la familia.

Este juicio (que suele acompañar a todas las épocas de cambio social rápido) implicaría, de ser cierto, un futuro difícil para la institución. Sin embargo, nos atreveríamos a poner un interrogante sobre esta visión pesimista. Según ella, la familia llevaría ya tanto tiempo precipitándose por la pendiente de la crisis que, al no producirse su temida disolución, se abre paso la sospecha contraria: la familia es una institución saludable o, por lo menos, tiene una mala salud de hierro que resiste a las más duras pruebas.

Esta otra opinión nos parece que tiene en su apoyo no sólo en un optimismo voluntarista, sino ciertos datos provenientes de la sociología. Los datos suelen ser terriblemente monótonos y aburren —con razón— al lector. Pero permítasenos mencionar alguno, a modo de ilustración de lo anterior. Una encuesta, dirigida a la población jubilada de Cataluña, plantea la interesante pregunta de "cuál es el mejor —y el peor— recuerdo de su vida". Pues bien, los mejores recuerdos son —abrumadoramente— los familiares: matrimonio, hijos, nietos... (los peores: la guerra civil de 1936, el hecho de enviudar y los problemas matrimoniales o sentimentales)<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Fuente: Amado de Miguel, *La sociedad española 1993-94* (Madrid, Alianza, 1994) 302.

Es decir, que la familia lo llena prácticamente casi todo en el recuerdo de los ancianos. No creemos que sea un mero dato curioso, reflejo de un pasado diferente. Es imposible reconstruir la biografía de una persona —de cualquier época— sin referencias a los ambientes familiares que ha vivido: bien los de su familia de origen (la que le da los apellidos), bien los de su familia de elección (la que tal persona contribuye a fundar). O bien de ambas.

La familia es el lugar donde el hombre se hace hombre: tiene una función "constituyente", estrictamente antropológica, entre el conjunto de instituciones humanas. Sucesivas revoluciones —reales o pretendidas— en la política, la producción o las costumbres han conseguido derribar estados, sistemas económicos o tabúes ancestrales; pero nada definitivo han logrado contra ese entramado de deberes y afectos que tiende a agrupar a los humanos con la fuerza de la autoridad y los vínculos del cariño.

Cabría formular esto diciendo que la familia es una especie de "animal mutante" dentro de las instituciones, "capaz de sobrevivir a todo tipo de cataclismos"<sup>2</sup>. Nada ha sido tan elástico y funcional. Nada tan perenne.

Por tanto, el dato mencionado no pertenece simplemente a la sociología "de la tercera edad", sino —diríamos— a la antropología. Tanto la una como la otra no parecen corroborar en absoluto la visión pesimista sobre la familia.

## II. LA IMAGEN DE LA FAMILIA ENTRE LOS JÓVENES

Se podría sospechar, con todo, que las generaciones ancianas proyectan, desde su soledad actual, una cierta luz mágica sobre los recuerdos de su pasado ("cómo a nuestro parecer / cualquiera tiempo pasado fue mejor", cantó ya Jorge Manrique). Pero, ¿y los jóvenes, (mal)educados en una sociedad permisiva e individualista? ¿Bajo qué luz contemplan la familia?

De nuevo tendríamos que recurrir a la monotonía de las cifras, que parecen cubrir con un polvillo gris las realidades a las que aluden. Por ello, tal vez sea mejor anteponer una consideración más general —acerca de la sociedad en que vivimos— para situar en su contexto los datos.

---

<sup>2</sup> Cf. "Magazine" dominical del diario *El Mundo*, 30 de enero de 1994.

### 1. *El contexto político-cultural*

Con la democracia formal y la difusión de los valores democráticos, la familia ha ganado prestigio entre la juventud. Una mayor simetría entre los roles del padre y de la madre, una concepción más igualitaria de las relaciones padres/hijos, son tendencias con las que los jóvenes se sienten identificados en cuanto "modelo ideal" de familia.

Muchos de los chicos y chicas de los airados años 60 no encontrarían hoy los argumentos — ni las posibilidades materiales — para salir huyendo de la jaula familiar, opresiva y frustrante, en la que se suponía que la sociedad, personificada en sus padres, pretendía encerrarlos y estrechar sus horizontes.

Por el contrario, hoy el horizonte prometedor *está* en la familia. ¿Cuál sería la razón de este cambio radical? La sociedad de hoy no es la de los años 60. Ya no es imaginable una especie de paraíso al alcance de la mano de las jóvenes generaciones, que no tendrían más que romper barreras para salir conseguirlo y, al propio tiempo, conquistar su libertad. La sociedad neoliberal de los años 90 promueve una cultura del éxito — para algunos —, pero también del fracaso — para muchos —.

En cualquier circunstancia, es una cultura del riesgo y de la competitividad, que da como resultado una sociedad muy poco acogedora, una sociedad "fría". ¿Dónde refugiarse de las inclemencias de esta sociedad competitiva? ¿Dónde se vislumbra la posibilidad de una cierta calidad afectiva de la vida?

En la esfera privada (los amigos, la panda, la familia). La familia es, ante todo, el lugar donde el joven se puede sentir "reconocido" con independencia de sus capacidades competitivas.

Cierto que todavía en el seno de la familia se cometen no pocos abusos y puede existir una violencia "clandestina" (que no aflora en las encuestas familiares, pero que se muestra en otros datos). Sería hipócrita ignorarlo.

Aportemos alguna muestra de lo anterior.

En 1993, según datos de la Dirección General de la Policía, se denunciaron 19.000 casos de malos tratos familiares a la mujer (y no es temeraria la suposición de que no se denunciaron todos). El 9 de febrero del presente año, la Ministra de Asuntos Sociales inauguró "Nuestro Teléfono": una línea exclusiva para ayudar al niño y al adolescente. En los primeros veinte días se contabilizaron más de 1.500 llamadas. Sin que haya todavía estadísticas fiables, se puede adelantar que los problemas

principales de los niños se centran fundamentalmente en la falta de compañía, escasa comunicación con sus padres, malos tratos y otros abusos familiares.

Sin embargo, estas graves sombras no parecen lograr enturbiar la consideración genérica de que la familia les merece la pena a los jóvenes.

El difuso ambiente de desencanto respecto a lo público (la postmodernidad) les inclina a la búsqueda de la felicidad en lo privado. Por otra parte, disciplinados por la dura crisis económica, una notable mayoría de la población juvenil da muestras de un carácter acentuadamente pragmático: frente a los grandes discursos abstractos ("los metarrelatos"), en los que ya no creen, la familia aparece como algo inmediatamente concreto, situado sobre el sólido terreno de la vida cotidiana, en el que hay que sobrevivir.

Así, en la perspectiva juvenil, la imagen de la familia ha evolucionado favorablemente. De la categoría de "jaula" (de la que hay que salir cuanto antes para conquistar la libertad —años 60—) ha pasado a la de "refugio" (familia de origen, cuya solidaridad económica es indispensable y se agradece —años 80—); e incluso a la de "paraíso" (familia de elección: un horizonte cálido donde buscar la felicidad futura).

### 1. *El contexto económico*

A este tránsito ("de la jaula al refugio") en la imagen juvenil de la familia ha contribuido, de modo decisivo, el contexto económico: la crisis y el modo como se intenta salir de ella.

El modelo para superarla (aplicación de nuevas tecnologías, reducción de costes laborales) produce como consecuencia una separación de los vectores representados por el crecimiento económico y por la creación de empleo. En adelante, la recuperación económica no significará, sin más, la recuperación de puestos de trabajo abundantes para los jóvenes. El porvenir laboral se presenta sombrío para un porcentaje variable —pero siempre numeroso— de la población joven.

En estas circunstancias, los vínculos familiares se muestran como una red de solidaridad que actúa como "colchón" frente a la dureza de la crisis. En el imaginario juvenil, el papel simbólico de la familia sube muchos enteros.

Tal vez esta familia no constituya ningún modelo perfecto: pero es lo que tenemos, donde podemos cobijarnos para no quedar a la intemperie.

Esto parece ser lo que dice el lenguaje abstruso de la estadística. Con o sin ingresos, el 75% de los jóvenes españoles viven en el hogar familiar, con sus padres y sus hermanos. Cuidados y protegidos —en general— opinan rotundamente (92%) que la familia y la salud es lo más satisfactorio de sus vidas<sup>2</sup>.

El paro es el problema que enturbia su horizonte. Mientras que en 1988 el 26% de los jóvenes (entre 15 y 29 años) poseía autosuficiencia económica, en 1992 sólo el 20,1% afirma poder vivir exclusivamente de sus ingresos. (La mayoría de estos afortunados están entre los 26 y los 30 años.) Y un 39,4% vive únicamente del dinero que le dan en casa. Tiende a crecer (un 40,6%) el número de jóvenes que compagina ayuda familiar con ingresos propios. Lo que es lógico, pues el índice de desempleo en la juventud española es el más alto de los países de la Unión Europea (el 32,1%)

La familia, pues, está cumpliendo no sólo la función de proporcionar calidez afectiva en una sociedad sustancialmente competitiva y "fría"; traduce pragmáticamente esta cercanía moral en términos monetarios: está actuando como red privada de seguridad social. Lo cual parece responder a una vieja tradición de nuestro país: la sociedad española está poco organizada formal o societalmente (en grupos de interés) y muy bien organizada informal o comunitariamente.

Pero sería injusto (y falso) atribuir esta buena imagen de la familia entre los jóvenes a meras actitudes interesadas. Más aún, según el sociólogo Amando de Miguel, los jóvenes tenderían a conceder a la familia menos valor que los adultos<sup>3</sup>.

### III. LA SITUACIÓN DE LA FAMILIA ENTRE LOS ADULTOS

Si se pregunta a los españoles por el tono de sus relaciones familiares, por lo general se puede concluir que la gente se encuentra satisfecha con las dos familias a que pertenece (la de origen y la de elección).

Lo específico de la familia actual es que busca y necesita el afecto (quizá incluso más allá de lo que este grupo primario, en el seno de una

---

<sup>2</sup> Para éste y los datos siguientes, la fuente es el Informe *Juventud en España 1992*, presentado por el Ministerio de Asuntos Sociales en noviembre de 1993.

<sup>3</sup> Fuente: Amando de Miguel, *La sociedad española 1993-94*, 303.

sociedad fuertemente individualista, está en razonables condiciones de ofrecer). Hay como una sobrecarga en la demanda de felicidad que gravita hoy sobre la familia. (Especialmente sobre la pareja; y ésta podría ser *una* —entre la compleja maraña de causas sociales— de las razones que explicarían la mayor fragilidad de la pareja moderna).

La división de papeles en el interior de la familia está evolucionando hacia una mayor simetría entre marido y mujer. Diversas encuestas, realizadas a partir de 1966, muestran una tendencia firme a que los esposos compartan las decisiones hogareñas. Esto no quiere decir que no se adscriban algunos papeles diferenciados según el sexo. Por ejemplo, se podría demostrar que casi todo lo relacionado con el coche es asunto del marido, y que casi todo lo que se refiere a la salud lo resuelve la esposa.

La tendencia a la equiparación no es uniforme en todos los estratos sociales (es mayor entre las clases educadas, donde comienzan a aparecer también el "matrimonio de doble carrera": tanto él como ella son profesionales y ejercen).

Pero en todos los estratos hay fricciones: la misma tendencia a la equiparación puede ser la causa de algunos de tales conflictos en la pareja. De hecho, sólo un 3% de las personas consultadas se atrevió a reconocer que nunca tenía peleas con su pareja. En este tema, las mujeres parecen ser más francas en reconocer un hecho tan común<sup>4</sup>.

En cuanto a las relaciones entre padres e hijos, ya dijimos más arriba cómo tanto la crisis económica como la necesidad de un clima afectivo en una sociedad "fría", han transmutado la visión de la familia por parte de los jóvenes. Y no sólo la visión, sino las actitudes: disminuye en el seno de las familias la conflictividad padres/hijos. (A lo cual también colaboran los padres con un grado de mayor permisividad hogareña.) ¿Quiere esto decir que reina un acuerdo básico y no se da el —en otros tiempos famoso— "foso generacional"?

Aquí las interpretaciones divergen. Para algunos (A. de Miguel), "los jóvenes piensan en casi todo de forma distinta a la de sus mayores ... Los jóvenes españoles forman más que nunca una sociedad aparte"<sup>5</sup>. Para otros (Alonso Torrens), "la gran mayoría —en torno al 70%— de los jóvenes viven, piensan, desean y actúan en términos de integración social,

---

<sup>4</sup> Carlos A. Malo de Molina, *Los españoles y la sexualidad* (Madrid 1992).

<sup>5</sup> Amando de Miguel, *Los españoles* (Madrid, Temas de Hoy, 1990) 148.

de no conflicto, de satisfacción o (al menos) de acomodación al modo y modelo de vivir, pensar, actuar y desear del conjunto de la sociedad actual" <sup>6</sup>.

¿Por cuál de estas dos versiones inclinarnos? Los últimos estudios (*Sociedad española 1992-93* y *Sociedad española 1993-94*, Informes sociológicos de la Universidad Complutense) se han preocupado de preguntar expresamente a los jóvenes cómo se llevan con el padre y la madre, y cómo juzgan ellos que se llevan sus padres entre sí. Compulsando sus resultados con los de otras encuestas anteriores, han podido reconstruir la serie de opiniones durante el último decenio.

Todas las respuestas muestran lo lejos que estamos, no sólo en el tiempo, sino en la distancia cultural, de aquellas jóvenes generaciones (años 60) que exigían la liberación de la familia como primer paso para la liberación del individuo.

Los jóvenes estiman la armonía familiar como un lugar donde sentirse a gusto. Por tanto, no es posible entender literalmente eso de que forman "una sociedad aparte". El individualismo contemporáneo puede no ser menor que el de los años 60, pero el individuo —en general— se siente mucho menos "cómodo" y seguro de sí mismo frente a una dura sociedad que no se muestra muy propicia a convertirse en el paraíso soñado de los "felices 60".

En opinión de los jóvenes, no son malas las relaciones con sus respectivos padres, ni tampoco las de los esposos entre sí.

La relación con la madre es mejor que la que se establece con el padre. Y, además, tiende a mejorar con el transcurso del tiempo. Así, en la década de los 90, un 83% de los hijos consultados se compenetra "mucho" o "bastante" con su madre. (Y no hay que buscar la explicación en ninguna trama familiar edípica: también las hijas se llevan mejor con la madre.) La explicación más probable del hecho estaría en la mayor dedicación de la madre a las concretas situaciones que viven los hijos.

En cuanto a la compenetración con el padre, se registra un bajón notorio que se mantiene con regularidad en veinte puntos menos (un poco más del 60%) a lo largo de todo el decenio 1980-90. En 1991 tiende a subir ligeramente: un 64% declaran sentirse muy o bastante compenetrados con el padre.

---

<sup>6</sup> J. Alonso Torrens, "La moral de los españoles": *Vida Nueva* n° 931 (mayo 1974) 24-31.

Es aquí donde —muy matizadamente— se podría aludir a un cierto "foso generacional". Pero las diferencias en ideas o actitudes no repercuten inmediatamente en conflictos familiares. El estilo indudablemente menos autoritario de los padres, por una parte, y el mayor "realismo" y adaptación de los hijos, por otra, tienden a disminuir las posibles tensiones familiares.

La percepción que los hijos tienen de la compenetración entre sus padres es igualmente alta: ocho de cada diez parejas se llevarían bien. Especificando algo más, los jóvenes de clase baja sí acusan un cierto clima de conflicto familiar. Lo mismo puede detectarse entre los jóvenes situados a la izquierda del espectro político. Pero, tomado en su conjunto, no parece haber variaciones destacables en este perfil general tan positivo sobre la compenetración familiar a lo largo del decenio 1981-1991<sup>7</sup>.

Los datos sociológicos muestran, pues, cómo para los adultos la familia ocupa un lugar primordial. No sólo en cuanto a la prioridad de sus preocupaciones, sino como "clima" psicológico habitable (compenetración familiar). Más aún: como fuente de satisfacciones. Un sondeo realizado para toda Europa en 1994 por ARISE (Associated for Research in Substance Enjoyment) pone de relieve cómo la compañía familiar (junto con las vacaciones) son los placeres preferidos por los españoles. Y, según Andrés Orizo, el familismo, es decir, la intensidad de las relaciones familiares y el valor que se les concede, es más intenso en España que en el promedio del conjunto europeo.

Si esto es así, y la familia "goza de buena salud", ¿de dónde procede la imagen pesimista sobre "la crisis de la familia"?

Probablemente, la explicación más plausible haya que buscarla en un axioma que rige las relaciones sociales cuando se comienza a percibir un problema. Se podría formular aproximadamente como sigue: "el problema está siempre en los otros".

Preguntados por el tono de sus relaciones familiares, la gran mayoría de los españoles se inclina por una respuesta positiva. Ahora bien, si les preguntáramos por su valoración de las relaciones familiares tal como las perciben en los otros, no es temerario suponer que la valoración de esa

---

<sup>7</sup> Amando de Miguel (ed.), *La sociedad española 1992-93* (Madrid, Alianza, 1993) 199ss.



misma mayoría sería más bien negativa. ¿Quién no conoce un caso de crisis familiar?

Y las sociedades pluralistas (entre las que se encuentra la española) encierran también invariablemente un pluralismo de formas de convivencia que no se ajusta al modelo tradicional. Formas que puede ser problemático denominar con el nombre de familia, pero que en cuanto cohabitación bajo un mismo techo podríamos denominar "hogares".

Este pluralismo de hogares —que probablemente ha existido, bajo diversas formas, en todas las épocas— ha hecho su aparición pública, a través de los medios de comunicación social, en la sociedad española (una sociedad poco habituada al pluralismo y menos a su manifestación pública).

El efecto de impacto que los medios de difusión buscan tiende a subrayar precisamente lo no habitual. (Es siempre noticia el que un hombre muerda a un perro; no suele serlo el que un perro muerda a un hombre.)

Todo ello produce una cierta sensación de crisis familiar que tiende a ignorar la parte abrumadoramente mayoritaria de la población española que vive en un ambiente familiar "normal".

#### IV. EL PLURALISMO DE HOGARES

Como muestra de lo anterior, permítasenos citar una serie de ejemplos reales<sup>8</sup>. Son ejemplos incluso pintorescos que, evidentemente, rompen los moldes de la familia tradicional. Su peso cuantitativo en la población española es ínfimo. Y lo que atestiguan —precisamente— es la nostalgia provocada por el deseo de la familia como utopía de felicidad.

a) Envejecer juntos y conseguir un bebé en adopción son las mayores ilusiones que comparten B. J. y K. C. (varón sin hijos y transexual, respectivamente). Fueron declarados marido y mujer por decisión de una jueza de Benidorm en 1990.

Conseguido al fin un status legal, sus esfuerzos se centran ahora en el tema de la adopción, nada fácil. Tanto es así que su abogado, después de

---

<sup>8</sup> Objeto de un reportaje en el "Magazine" dominical del diario *El Mundo*, el 30 de enero de 1994.

un año de gestiones inútiles, les aconsejó que se olvidaran del tema. Pero ellos insisten: "No renunciamos a esa ilusión. Los dos pensamos en el día de mañana, cuando seamos mayores, y en lo que nos reconfortaría tener un hijo al lado" —explica K. C. (Katy)—.

b) Familia monoparental, de padre e hijo. Dieciocho años le duró a M. L. (56 años, técnico de mantenimiento de T.V.) su vida matrimonial. Cuando salió por última vez de la que hasta entonces había sido su casa, quedaban atrás su mujer y sus hijos, de 14 y 15 años. Todavía no sabe por qué, pero a los pocos días, el hijo se presentó con su maleta, el cepillo de dientes y la guitarra, diciendo que se quedaba a vivir con él. M. L. entonces no le preguntó las razones, y asegura que no lo hará nunca. Opina que, entera o dividida, la familia es muy importante: "la soledad es algo muy duro, a lo que difícilmente te acostumbras".

c) Pareja lesbiana (N. y T.) con hija inseminada. "Llevábamos dos años conviviendo de forma estable ... y entonces pensamos que era el momento de tener un hijo". Aseguran que durante un año le dieron vueltas a la idea de ser madres. Sopesaron pros y contras. "Las dos teníamos muchísimas ganas, pero como N. le temía al parto, yo me encargué del embarazo" —explica T.—. Y fue inseminada. En el hospital donde nació Nina, la hija (hace dos años) a duras penas permitieron los médicos que N. asistiera al parto. "Somos muy conscientes de los problemas que Nina va a tener —afirma la madre biológica— ... pero creemos que lo importante es que Nina crezca con el referente de dos personas que la quieren mucho y que la educan ... No pensamos que el que exista o no un referente masculino sea lo más importante".

d) Hombre separado e hijo, con madre separada e hija, que tienen un hijo en común. "Siempre vuelves a intentarlo" —afirma Rosa M.—. Y este es el resultado: ella y su hija —Laia— conviven desde hace años bajo el mismo techo con Luis S. y su hijo. Lo que los sociólogos llamarían una familia "reconstruida". De la convivencia nació el pequeño Luisito, hijo común, hoy de 3 años. En alguna ocasión, la situación se hizo aún más complicada: el pasado verano se encontraron amigablemente en vacaciones con el padre biológico de Laia, para que pudiera verla; el cual, a su vez, tiene un nuevo hijo ... Laia, sin embargo, no cree que el asunto sea tan enredado. "Yo lo veo de lo más normal", asegura. ¿Lo seguirá viendo siempre así?

e) Lesbiana con dos hijos y lesbiana con tres hijos (M. y R.) de anteriores matrimonios. Uno de los problemas de este hogar es la falta de espacio. No resulta fácil que siete personas convivan (desde hace ocho años) en poco más de 130 metros cuadrados. Por suerte, los hijos de ambas, de matrimonios anteriores, están ya crecidos (R., psicopedagoga, tiene 47 años y M., periodista, 42) y pasan poco tiempo en casa. Los hijos han congeniado. "No sé muy bien lo que somos nosotros —explica la hija menor de M.—. No nos sentimos como si fuéramos todos hermanos, pero somos mucho más que amigos".

R. y M. piensan que el hecho de ser madres y poder compartir sus hijos ha ayudado enormemente a poder afianzar su relación. Pero el suyo no ha sido un camino fácil. Decidieron militar en grupos feministas, "para que otras mujeres no lo pasen tan mal como lo pasamos nosotras". Los hijos parecen verlo con menos problematismo: "A una la llamamos mamá (con acento) y a la otra mama (sin él)", aclara con cierto humor la hija menor de R. "A mis hijos les dolió mucho más que me separara de su padre que el darse cuenta de que era lesbiana", afirma la propia R.

f) Soltera, hija adoptiva y nietos. La relación entre Elena y Charo ha experimentado una curiosa transformación. Comenzaron por ser vecinas (Charo era una niña entonces); después vivieron algún tiempo juntas, puesto que Charo tenía serios problemas en su familia de origen; finalmente, Elena adoptó a Charo (cuando ésta tenía 15 años). Pero no lo hizo porque deseara ser madre. "Nunca deseé tener un bebé —dice Elena—; fue una decisión de ambas el vivir juntas. Desde el primer momento no establecimos la clásica relación madre/hija, sino más de iguales ... La familia es algo que puedes crear, si es que no la tienes".

El posterior matrimonio de Charo terminó en separación. Entonces Charo volvió con sus dos hijos (los veranos pasan algún tiempo con su padre) a casa de la "abuela Elena". "Hoy la familia es una realidad mucho más amplia y abierta, pero siempre insustituible", afirma Elena.

g) Matrimonio tradicional y seis hijos. Tener hoy seis hijos viene a salirse un poco de la "normalidad" en un país como España, que actualmente muestra una drástica caída de la tasa de natalidad (inferior a la tasa de reproducción vegetativa). Por ello debe ser también mencionado en este muestrario del pluralismo de hogares españoles. Éste es el caso de J. E. y M. La pareja que ellos forman cree que "la familia hoy es un valor en

alza". "No creo que las familias sin hijos sean menos familia, pero casi me atrevo a decir que son menos felices que la nuestra", afirma la madre. Asegura también que nada hubiera sido posible sin una organización muy disciplinada (ella hizo su tesis doctoral entre los embarazos cuarto y quinto; poco después empezó a trabajar como profesora de derecho civil). El matrimonio afirma también que en la base de su felicidad están grandes dosis de paciencia y cierto espíritu de sacrificio, además de la inestimable colaboración de sus hijos, dispuestos a dormir en literas, prescindir en ocasiones de bollos y *coca-colas*, responsabilizarse de alguna tarea doméstica y heredar ropas unos de otros.

#### V. ¿UNA DISOLUCIÓN DE LA FAMILIA TRADICIONAL?

¿Qué significado sociológico se puede atribuir a ese muestrario múltiple e incluso pintoresco? En principio, se trata de una descripción —selectiva— de la variedad de formas contemporáneas con las que gente de muy variada condición y trayectoria biográfica intenta "construirse un hogar".

¿Es posible inferir de esa variopinta descripción la ruina del modelo tradicional? Creemos sinceramente que no. Es verdad que la muestra anterior, en medio de su acusado sabor a periodismo sensacionalista, tiene cierto valor de "indicador sociológico". Pero ¿indicador de qué?

He aquí, a nuestro juicio, algunos de los rasgos de la cultura actual que sería legítimo inferir del anterior reportaje periodístico:

1) El éxito del modelo "familiar/hogareño" como proyecto utópico de felicidad personal (se vuelve siempre a ensayar o se buscan nuevos caminos cuando los trillados se cierra). Esto es significativo en una cultura tan escasamente utópica e individualista como es la nuestra. El individuo, aislado, experimenta con fuerza la nostalgia de un ambiente cálido donde refugiarse de una sociedad exterior inhóspita y "fría".

2) El sentido moderno de la "privacidad" como terreno inviolable de la soberanía del individuo. La vida pública es la esfera de la constricción exterior (administrativa o social), donde estoy inevitablemente sometido a instancias ajenas a mi voluntad. Pero la vida privada sería únicamente "asunto mío", y es en este terreno de la vida privada donde soy el único responsable de mi propia felicidad. En consecuencia, como dueño de mi territorio, organizo mi existencia en función de mi felicidad.

Esta rígida dicotomía entre lo público y lo privado, que ignora la zona intermedia de lo estrictamente social, o lo comunitario, es típica de la época cultural que llamamos Modernidad. Y está hoy acusadamente en vigencia, pese a todas las variaciones que, en otros aspectos, pueda suponer ese difuso ambiente que llamamos Postmodernidad.

3) La fragilidad del vínculo que une a la pareja contemporánea, vínculo casi exclusivamente basado en la comunión afectiva. En medio de nuestra cultura acusadamente pragmática —probablemente como necesario contrapunto— surge un brote de moderado neo-romanticismo de la pareja. Lo cual, en principio, es un factor muy positivo, liberador de viejas servidumbres matrimoniales y embellecedor de la convivencia. Pero tal comunión es confundida a menudo con una gratificación sentimental que rehúsa ser sometida a prueba. En la realidad del día a día, tal neo-romanticismo —si no se desarrolla a partir de él una mayor hondura de sentimientos— se muestra incapaz de resistir los embates de la monotonía, la adaptación mutua de los caracteres, las inevitables pequeñas frustraciones de la convivencia.

Un factor consustancial con la superación de tales dificultades es la capacidad de comunicación y expresión de las mismas. Pero esta comunicación anhelada es otra de las utopías (precisamente por su ausencia) en la sociedad contemporánea. Falta de esta comunicación, la gratificación sentimental se diluye en el resentimiento de los roces y las incomprensiones.

Parece deducirse de las experiencias arriba mencionadas que en la búsqueda de "nuevas formas de hogar" lo que subyace —también— es un ensayo de comunicación íntima de la persona con la persona (incluso por encima, o en contra, de lo que se consideran meras convenciones sociales).

Ahora bien, todas estas posibles inferencias, ¿implican el hundimiento del modelo tradicional de la familia?

Suponen manifestaciones individualizadas del pluralismo social existente, que se manifiesta en la cuestión íntima de la búsqueda privada de la felicidad. Pero su peso cuantitativo en el conjunto de la sociedad española, ¿autoriza para hablar de una crisis social del modelo familiar?

Las cifras no parecen confirmarlo. El peso cuantitativo de la familia "normal" es abrumador. El Instituto Nacional de Estadística (INE) presen-

tó, a comienzos de 1994, una macroencuesta donde aparece el retrato más completo de la sociedad española hecho hasta el momento (160.000 entrevistas). ¿Qué es lo que viene a decir sobre la familia española?

Que en España, donde existan casi doce millones de hogares, el principal motivo generador de la familia es el establecimiento de una unión conyugal estable; algo que ha hecho el 70% de las personas mayores de 16 años. De éstas, el 68,8% se ha decantado por el matrimonio. La inmensa mayoría de estos hogares son pluripersonales (un 86,6%). Este porcentaje se viene a distribuir en tres tercios, aproximadamente de la misma magnitud: familias formadas por la pareja y dos hijos, familias formadas por la familia y un hijo, y finalmente familias integradas por la pareja sola sin hijos. Los hogares unipersonales, configurados en su mayoría por personas de más de 65 años (sobre todo mujeres viudas) constituyen algo más del 13% del total de hogares.

El modelo tradicional de familia, pues, está lejos de hallarse amenazado por los posibles ensayos de construcción de un hogar digamos "no convencional". Sin embargo, sería ciego el ignorar que se halla sometido a tensiones sociales. La tendencia al consumo y la que podríamos llamar "absolutización de la pareja" —entre un complejo de causas varias— han contribuido a rebajar drásticamente la tasa de natalidad española: 1,2 hijos por matrimonio, en los celebrados después de 1985 (la tasa más baja de Europa junto con Italia).

Pero si el número de hijos ha ido disminuyendo a lo largo de la segunda mitad del siglo, lo que ha aumentado es la permanencia de éstos en el hogar de los padres. Hoy la edad media de emancipación de la vivienda paterna se encuentra en los 25,7 años. Si en este promedio tenemos en cuenta la variable del sexo, nos encontramos con que se independizan antes las chicas que los chicos.

La ruptura de las uniones estables (la famosa "crisis de la pareja") se ha elevado sustancialmente en los últimos años. La principal causa de disolución corresponde a las separaciones legales (37%), seguida por el divorcio (35%) y la separación de hecho (15%). El resto correspondería a la ruptura de las uniones de hecho.

En conjunto, pues, el "retrato robot" de la familia española que las cifras nos dibujan es el siguiente: las parejas siguen optando, en una mayoría sustancial, por el matrimonio, y dentro de éste, por el eclesial. Pero hay muchas más disoluciones en los años 80 y 90 que había en

los 60 (cuando, sin embargo, existía un cierto antifamilismo cultural entre los jóvenes "progresistas"). Y la natalidad ha descendido hasta la cifra más baja de todo el continente europeo.

Globalmente considerado, no es un retrato alarmante. No está justificado en absoluto el hablar de "disolución familiar" en cuanto institución social. Más bien habría que decir que la salud de la familia, tal como viene a objetivarse en las cifras que sobre ella poseemos, es buena. Incluso su imagen en la cultura actual constituye una de las —escasas— utopías contemporáneas: está estrechamente vinculada a la idea de felicidad. (Lo cual no ha sido, con mucho, lo habitual en otras épocas históricas.)

Pero este cuadro tiene sus puntos problemáticos. Uno de ellos, la natalidad: hoy por hoy no llega a alcanzar la tasa de relevo generacional —situada en 2,1 hijos por mujer casada—. Lo que, combinado con el alargamiento progresivo de la vida, supone el envejecimiento de la población.

Otro punto débil vendría definido por la fragilidad de la pareja, apoyada casi en exclusividad sobre la idea de la autorrealización. Ésta se concibe de modo muy autocentrado (hay un componente acusadamente narcisista en la cultura contemporánea), como convivencia individualmente gratificante. El fracaso en alcanzar sin dificultades esta gratificación de los sentimientos y la poca resistencia a la frustración inmediata aumenta las decisiones de ruptura. La problemática consiguiente, incluso con la mejor buena voluntad —que no siempre se da— no deja de implicar a los hijos.

Es ahí donde la familia tradicional, hoy en evolución y con tensiones internas (pero no en disolución), debe ser apoyada: desde el interior de la propia familia. Facilitando todo lo que pueda conducir a la mutua comunicación y al diálogo familiar. Porque es ahí donde se producen las reales amenazas para la buena salud de la familia; mucho más que en los ensayos de constitución de un hogar al margen de las formas familiares tradicionales (que no hacen sino documentar en este terreno, con casos individuales y con frecuencia curiosos, el innegable e irreversible pluralismo de la actual sociedad española).

Dentro de este cuadro global habría que situar el núcleo importante de las familias creyentes y religiosamente practicantes. Los estudios sociológicos más recientes documentan con claridad creciente cómo el grado de religiosidad guarda profunda relación con otros aspectos de la estructura

social (a pesar de lo que se pueda opinar sobre la generalidad del proceso secularizador).

En el caso de la familia, quienes se definen como católicos practicantes muestran unas mejores relaciones familiares. Cuanto más elevado es el grado de religiosidad, más sube la compenetración familiar entre los padres, o entre padre y madre y los hijos. La posición inversa muestra igualmente una correlación clara, al menos en la relación padres/hijos: los jóvenes arreligiosos son los que traducen una deficiente compenetración con sus padres<sup>9</sup>. (Lo cual no es sino una aplicación, en el terreno familiar, del carácter socialmente integrador que posee el factor religioso. No es preciso ser creyente para admitirlo: constituye el rasgo central de la sociología de la religión del ateo Durkheim.)

El último estudio de que disponemos (*La sociedad española 1993-94*, dirigido por A. de Miguel, con la participación de otros colaboradores) vienen a confirmar la tendencia. Cuanto más elevado es el nivel de religiosidad, mejor es la compenetración entre los padres. Más que la clase social, lo que determina una buena atmósfera familiar es la religiosidad.

Pero es en el caso de los jóvenes donde esta conexión se muestra con especial nitidez. Tanto los chicos como las chicas, cuanto más religiosos son, mejores relaciones mantienen con el padre o la madre. Un dato, que acaso resulte sorprendente, es que ese papel integrador de la religión afecta más a los varones que a las mujeres, es decir, en el grupo de los católicos practicantes, los chicos revelan unas mejores relaciones familiares que las chicas (lo contrario de lo que sucede cuando no interviene el factor religioso).

En contraste con lo anterior, debe también hacerse notar que en la relación madre/hijos, las madres de clase alta, las que se sitúan más a la izquierda del espectro político y las más alejadas de la práctica religiosa son las que más hablan con sus hijos de todos los temas.

---

<sup>9</sup> Fuente: Amando de Miguel (ed.), *La sociedad española 1992-93* (Madrid, Alianza, 1993) 201-202.



## VI. CONCLUSIÓN

La familia española, en su conjunto, goza de una salud muy aceptable, aunque se halla sometida a procesos de evolución cultural. Tales procesos son inevitables.

De ellos, unos son saludables para la misma familia: por ejemplo, la tendencia a una mayor equiparación entre marido y mujer (familia simétrica), el compartir las decisiones, una mayor preocupación por una educación más personalizada de los hijos.

Otros aparecen como problemáticos: la mayor inestabilidad de la pareja, un acusadísimo descenso de la tasa de natalidad.

Y en ese cuadro general es oportuno destacar la solidez familiar que el factor religioso aporta. No sólo por los compromisos éticos que implica, sino por el alto grado de compenetración familiar que una elevada religiosidad produce entre sus miembros. Lo que podía ser una mera suposición del buen sentido se ve abundantemente confirmado por los datos que ofrecen los últimos estudios sociológicos.